

Y es, Señoras y Señores, que por todas partes cunde el ansia de devolver a la Ciencia pedagógica su verdadero valor espiritual y filosófico, perdido a causa del empirismo anterior. Por todas partes se siente el soplo que trata de hacer a la educación más reflexiva y espiritual; por implantar en la Escuela principios espirituales, reguladores, de todo trabajo y de toda vida. No se busca con ello enseñar a trabajar o educar para el trabajo, sino emplear el trabajo para educar; así es como se trata de ejercitar libremente las energías creadoras y las originales iniciativas de cada niño. No se considera el trabajo, insistimos, como un fin: no se preparan obreros y artesanos ni se persigue una mera formación profesional, sino que se estima el trabajo como un medio más, acaso el más eficaz para, sobre bases biológicas, psicológicas y sociales, estimular la universalidad de aspectos humanos. Esa es la verdadera novísima educación, la que facilita el desenvolvimiento total del hombre sin olvidarse de grabar con caracteres indelebles en los espíritus de los niños el amor y el entusiasmo por la paz universal. Este es en fin el concepto de la educación moderna en la que el más delicado espiritualismo no deja ver ni siquiera una sombra sobre su claridad y magnificencia.

\* \* \*

Proclamados ya nuestros ideales educativos, confesados el amor a Dios y a la Patria, consustanciales a la esencia de nuestra alma, saturados del amor al niño, fervoroso sentimiento que es para mí vida su goce más puro, podemos ahora abismarnos en esta religión de la belleza que se llama el Arte... No pretendemos la osadía de definir el Arte; pero sí elevarlo y exaltarlo; glorificar su poder mágico que nos lleva a la Verdad y al Bien; ver en la misión del artista un sacerdocio; buscar en los poetas, los escultores, los pintores y los músicos las revelaciones más profundas sobre el misterio del universo; considerarlos como videntes que expresan en sus símbolos poéticos o musicales o plásticos, verdades de orden superior a donde la inteligencia no podría elevarse por sus propios medios.

Adivinar esa «iluminación interior» que brota del alma de los artistas; considerarlos como verdaderos continuadores del acto de la creación, estimarlos como seres privilegiados capaces de la más alta forma de la vida..., es, Señoras y Señores, asignar al Arte una